

El extraño sentido del humor de Dios

FERNANDO ZAMORA MARTÍN

Copyright © 2018 Fernando Zamora Martín

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781980243540

A Cris, Vega y Chus, que nacieron y viven libres, y
a todas las mujeres que aún no lo son.

CONTENIDO

	Agradecimientos	i
Parte I	Preludio	1
Parte II	Tocata y fuga	57
Parte III	Adagio	165
Parte IV	Andante moderato	229
Parte V	Allegro vivace	339
Parte VI	Presto	437
Parte VII	Divertimento ma non troppo	479

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Cristina, Myriam (Mimi), Pilar, las dos Vegas (tía y sobrina), a María José (Mariajo) y a Ángel y Diego (Chapi) por haber leído el borrador y por sus cariñosos y valiosos comentarios. Y gracias especiales a Chus, que siempre está ahí, para leerme y para lo que haga falta.

La muerte es solo la suerte con una letra cambiada

Joaquín Sabina

PARTE I

PRELUDIO

*Yo puedo ser vil y pernicioso,
pero no puedes apartarte de mí,
pues te hago pensar que soy maravilloso
con todo aquello que te digo.*

"I'm the slime" – Frank Zappa

1

—He de confesar que, aunque adoraba la simetría, me gustaba mucho más romperla en pedazos. Sí, apreciaba el orden, pero me excitaban la entropía y el caos, y mientras que lo simple y lo obvio me producían un tedio insoportable, lo enrevesado y lo inesperado me divertían hasta el éxtasis...

El doctor escuchó a su paciente desde detrás de sus anteojos de montura metálica azulada sin ni siquiera pestañear, inmóvil, con las piernas cruzadas y una pequeña y moderna grabadora en su mano derecha. Aquel hombre hablaba de una forma muy extraña, pero no era el primer tipo que pasaba por su consulta que decía cosas extrañas. Después de todo él era siquiatra.

—Supongo que no me entendéis, ¿verdad?...

El doctor continuó en silencio.

—Ya, ya sé que a la mayoría de vosotros el enredo, la improvisación o la incertidumbre os alteran el espíritu de tal forma que llegan a convertirlos en seres débiles, patéticos y hasta ridículos, ¡pero es que sois tan ignorantes!...

El doctor continuó mirándolo, mudo, inmóvil como una estatua, salvo por un ligerísimo temblor en su ceja izquierda.

—Sin embargo, he de reconocer que vuestra ignorancia siempre es una gran fuente de divertimento. Y es que sois tan simples... Tenéis unas

mentes tan obtusas que no veis más allá de vuestro propio ombligo y eso..., eso da muchas oportunidades...

— ¿Nuestra ignorancia?... ¿Divertimento?, ¿oportunidades? – El doctor levantó ligerísimamente su ceja izquierda. Realmente aquel tipo era de lo más raro que había visto en su consulta.

— *Sí, dais muchas oportunidades porque la mayoría vivís encerrados en vuestro propio mundo y no veis más allá de sus paredes. Y no me refiero a esa bola en la que vivís encarcelados y sobre la que viajáis a través de la bendita oscuridad, no, para muchos el mundo es tan pequeño que se limita a vosotros mismos y pocos, muy pocos, os preguntáis si hay algo más allá de lo que simplemente veis u oís, y, si acaso lo hacéis, termináis dibujando dioses que no son más que un reflejo del miedo a vuestra propia debilidad...*

— ¿Nuestra debilidad? – ¿Pero de qué carajo le estaba hablando aquel hombre?

— *¿Cree usted en las casualidades, doctor? Quiero decir... ¿Cree usted que esa extraña casualidad con la que un día se encuentra de repente tiene algún propósito? ¿Nunca le ha pasado que iba tarareando una canción en el coche y al encender la radio es justo esa canción la que están emitiendo? ¿Por qué eligió esa emisora? ¿Por qué en ese preciso momento? ¿Por qué iba usted tarareando justo esa melodía? ¿Por qué?...*

El doctor no contestó. Se limitó a esperar a que continuara hablando, pero él se arrugó en el sillón y su cara se alejó del arco de luz que describía la pequeña pantalla de la lámpara de pie. Entonces, el doctor se echó hacia delante, tratando de observar mejor los rasgos físicos de su paciente. Opinaba que el cuerpo dice mucho de la mente que lo mueve, y el cuerpo de aquel hombre parecía consumirse dentro de una ropa excesivamente ancha.

— Continúe, por favor – lo animó el doctor –, hablaba usted de casualidades, de debilidad.

Él se atusó con las manos su media melena y volvió a incorporarse. La mitad de su maduro, pero atractivo rostro, volvió a reaparecer desde la penumbra y continuó hablando:

— *Sí, la ignorancia sobre vuestro propio devenir y la confusión que os provoca lo inesperado o lo inexplicable os hace débiles y así la eternidad se hace mucho menos tediosa para quien os susurra al oído...*

[¿Quién os susurra al oído? ...]

— *¿Quién nos susurra al oído? - El doctor repitió la pregunta que se había formado en su cabeza al oír aquella extraña frase.*

— *A veces tenéis pensamientos, impulsos repentinos, que os llevan a decir o hacer determinadas cosas; pensamientos que creéis que son vuestra propia conciencia, cuando en realidad son...*

— *¿Cuándo en realidad son...?*

— *¿Acaso creéis que elegís con libre albedrío? - Su rostro se transformó en una mueca sarcástica -. Libre albedrío... Si supierais lo que se disfruta con vuestro "libre albedrío", si supierais lo que divierten vuestras desventuras, vuestros anhelos y pasiones...*

Volvió a quedar en silencio, pero esta vez no escondió su rostro en la penumbra y siguió hablando tras dar un gran suspiro.

— *Pero me estoy enredando, doctor, me estoy enredando, y me siento cada vez más débil, y eso solo puede significar que mi verdadera conciencia se dispersa.*

— *¿Su verdadera conciencia?*

El doctor alargó la mano y buscó en su mesa una carpeta beige en la que encontró el nombre de su paciente y sus antecedentes. Entonces surgió aquella pregunta en su cabeza:

[Pero ¿quién demonios se cree este tipo que es, doctor? ...]

El doctor se echó ligeramente hacia delante y, acercándole la grabadora, le trasladó la pregunta:

— *¿Pero quién se cree usted que es?*

Él clavó los ojos en el doctor con una repentina mirada de desconfianza y comenzó a echarse hacia atrás, huyendo

nuevamente hacia la penumbra.

[Pregunta equivocada, doctor...]

—Perdón...Quería decir... – rectificó el doctor a tiempo –. ¿Quién es usted?

—*No es el momento, doctor, todavía no es el momento de contestar a esa pregunta. Antes debéis escuchar mi historia.*

—Continúe, por favor.

—*Mi historia transcurre en una de esas enormes ciudades donde os empeñáis en hacinaros, creyendo que ahí vais a encontrar con rapidez lo que la naturaleza parece negaros. Son inimaginables las oportunidades que dan a la risa esas muchedumbres que se mueven alocadas de un lado para el otro en un espacio tan reducido; rebaños de seres que pierden su personalidad, en los que el individuo se desdibuja y pasa a ser una simple sombra obsesionada por el transcurrir del tiempo; donde apenas se presta atención a lo casual, a lo fortuito, a lo inesperado, por extraño que parezca, y siempre se termina achacándolo al azar o al destino. Y es que siempre tenéis algo más urgente que hacer que pensar en los porqués de las casualidades. Nunca tenéis tiempo para pensar en los porqués. Nunca tenéis tiempo...*

Al oír aquello, el doctor se olvidó de su pose alejada y asintió, confirmando aquella aseveración en su propia persona.

—*El tiempo, otro concepto sin sentido para mí, pero vital para vosotros. El tiempo... Todo empezó hace mucho tiempo, doctor. Todo empezó lejos, muy lejos, en un lugar donde millones de rocas oscuras y yermas giran, en un carrusel eterno y aparentemente sin sentido, alrededor de la misma estrella que da vida a este planeta. Solo fue necesario un débil soplo, tan débil como un sueño, para que una de esas enormes rocas modificara ligeramente su trayectoria e impactara con otra que la acompañaba en su camino errante. Tras aquella primera y violenta colisión se produjo otra y después otra... En cada golpe la roca se fue despedazando, deshaciéndose en trozos cada vez más pequeños, hasta que algunos abandonaron aquel carrusel sin fin y comenzaron un viaje por el vacío en*

EL EXTRAÑO SENTIDO DEL HUMOR DE DIOS

busca de su destino...

2

... Aleksandr Vladimirovich Ivanov no temía a ningún hombre. A lo largo de su vida había partido el cuello a algunos de ellos con sus propias manos, unas enormes manos en las que terminaban unos musculosos antebrazos, que en su cara interna mostraban el tatuaje de una gran cruz doble ortodoxa...

...

En uno de sus poderosos pectorales, desarrollados durante su preparación en la Spetsnaz, también se había grabado la cara azulada de un orco *tolkieniano*. Con unas enormes orejas puntiagudas y los ojos inyectados en sangre, el orco parecía salirle del pecho, dispuesto a clavar sus afilados y putrefactos dientes amarillos sobre cualquiera que se atreviera a desafiarlo. Aquel repugnante rostro tatuado contrastaba con el de Aleksandr Vladimirovich Ivanov, un rostro aniñado y algo rechoncho, en el que se perdían dos pequeños ojos eslavos de un azul muy claro y unos labios de trazo fino bajo los que surgía una breve y oscura sombra de pelos. Físicamente, Aleksandr Vladimirovich Ivanov solo se parecía al horrible ser tatuado en su pecho en el cráneo pelado al cero y en el pequeño aro metálico que colgaba de su oreja izquierda. Sin embargo, ambos sentían el mismo desprecio hacia la vida humana.

Esa noche, como otras muchas noches, Aleksandr Vladimirovich Ivanov, “Sasha Cara de Orco”, se agitaba en su cama en medio de quejidos incomprensibles cuando, súbitamente, se

incorporó lanzando un tremendo alarido. Sus pequeños ojos esclavos se abrieron aterrorizados en medio de la oscuridad absoluta de la habitación, pero él siguió viendo la intensa luz que llenaba su cerebro. Se sentía arder por dentro y por fuera y la cara del orco de su pecho, empapada en sudor, se agitaba desesperadamente, dando dentelladas al aire en medio de la oscuridad.

Sasha Cara de Orco odiaba la luz, por eso exigía que bajaran las persianas de su habitación al máximo antes de irse a la cama, como temiendo que el primer rayo de luz de la mañana lo convirtiera en polvo. Sasha Cara de Orco odiaba la luz desde que le atormentaba aquel horrible sueño, aquel sueño en el que oía una voz extraña y unas carcajadas y veía a una mujer con las ropas rasgadas y el rostro amoratado y cruzado a latigazos que lo miraba fijamente a los ojos mientras señalaba con su brazo hacia un cielo profundamente oscuro. Sasha Cara de Orco miraba entonces hacia donde señalaba aquella mujer y veía un diminuto punto de luz que se iba agrandando poco a poco, cada vez más brillante y amenazador, hasta que terminaba convirtiéndose en una gigantesca bola de fuego que le caía encima, abrasándolo. Entonces, en medio de la horrible agonía de la carne consumida por las llamas, Cara de Orco oía las carcajadas de venganza de aquella mujer.

Siempre el mismo sueño, pero cada vez una mujer distinta.

Quizás por ese sueño Cara de Orco despreciaba profundamente a las mujeres, quizás por eso abusaba de ellas y las trataba como simple mercancía... o quizás el proxeneta soñaba aquello porque alguna mujer a la que había esclavizado lo había embrujado para vengarse de esos abusos.

Cara de Orco se sentó en la cama y, sin encender la luz, alargó el brazo y buscó el vaso de agua que uno de sus secuaces dejaba todas las noches en su mesilla. Bebió con avidez, como si acabara

de cruzar el desierto más seco de la tierra, aunque sabía que no había agua suficiente en el planeta para calmar aquel ardor que lo abrasaba por dentro. Entonces dio un tremendo aullido, lanzó el vaso contra la pared y en pocos segundos la puerta de la habitación se abrió violentamente y dos sombras armadas entraron bruscamente a través de ella, gritando en la misma lengua de Aleksandr Vladimirovich Ivanov. Las luces de la habitación se encendieron y las pupilas de los ojos de Cara de Orco se contrajeron hasta hacer estallar su cerebro.

—¡Apagad esa luz, cerdos! ¡Apagadla!

Mientras el proxeneta se apretaba desesperadamente las sienes con las manos, las dos sombras inspeccionaban cada rincón de la habitación buscando el origen del terror de su jefe.

—¡Si no apagáis esa luz os despellejo vivos!

Aquellos dos hombres sabían que cuando Cara de Orco lanzaba esa amenaza no lo hacía en balde. Habían visto a más de un tipo colgado de una viga boca abajo, desangrándose como los conejos en las carnicerías, por eso se lanzaron hacia los interruptores de la luz y comenzaron a darles manotazos hasta que la habitación cayó en la penumbra, la que permitía el haz de luz que entraba por la puerta abierta.

—¡Agua! ¡Dadme agua!

Uno de los hombres se acercó hasta el cuarto de baño y trajo un vaso de agua.

—¡Tráeme otro, rápido!

Cara de Orco se bebió el tercer vaso tan rápido como los dos anteriores. Podía haber seguido pidiendo agua a sus hombres, pero sabía que por mucha que bebiera jamás calmaría aquella sed que lo consumía.

Aquella sed solo la podía calmar una cosa.

—Traedme a dos chicas.

Los dos hombres no preguntaron nada. Daba igual el nombre de las mujeres. Para aquello que iba a hacer, su jefe no tenía preferencias.

Las chicas entraron a empujones en la habitación en penumbra. Ellas intuían a lo que iban, por eso se resistieron entre sollozos y ruegos, como los esclavos a los que los negreros metían a empellones en las sucias tripas de los barcos que iban a trasladarlos al nuevo mundo, pero que terminaban siendo su tumba.

Los hombres las empujaron y cayeron sobre la ancha cama de Cara de Orco, medio cubierta por un revuelto edredón púrpura con ostentosos ribetes dorados y bordado con unas enormes letras también doradas: "AVI", las iniciales del nombre de Cara de Orco.

—Cerrad la puerta - Esta vez, Cara de Orco dio la orden sin chillar y se mantuvo sentado en la cama con las manos cubriendo su cabeza, mientras las dos mujeres sollozaban aterrorizadas a su espalda.

El haz de luz fue desapareciendo a pesar de los angustiosos ruegos de las mujeres y la habitación se quedó completamente a oscuras. Entonces se sintieron perdidas y se acercaron la una a la otra hasta abrazarse, como si aquel abrazo les fuera a proteger de lo que se avecinaba. De repente, sintieron que el peso que hundía el borde de la cama desaparecía y entonces detuvieron sus sollozos y encogieron las piernas buscando la posición fetal, tratando de encontrar la seguridad de una infancia que solo soñaron.

Las dos se quedaron completamente inmóviles en el centro de aquella densa oscuridad, conteniendo la respiración, con la

esperanza de no ser detectadas por el olfato de la fiera que notaban que se movía a su alrededor. Entonces oyeron un pequeño roce sobre la pared y las mujeres comenzaron a sollozar otra vez con desesperación, pues sabían lo que iba a suceder a continuación.

—No sé quién es la mujer de mis sueños, pero mi *knut* os hará pagar a todas por ella.

Un agudo y largo estallido sacudió el aire e inmediatamente se oyó un tremendo alarido. Después otro estallido y otro alarido..., como la sucesión de rayo y trueno en una tormenta eléctrica...

...

Los guardaespaldas de Cara de Orco se alejaron de la puerta porque incluso a unos matones como aquellos se les encogía el corazón al oír aquellos gritos. Y es que, doctor, su jefe estaba completamente loco, pero no había nadie que pagara como él....

3

Se acercó sigilosamente hasta situarse junto a la puerta cerrada de la habitación de su hija. Ya no se veía luz a través de la rendija de su base, pero para asegurarse de que dormía pegó la oreja a la puerta y no oyó nada al otro lado...

...

Abrió poco a poco y solo oyó una acompasada y suave respiración. Por fin parecía que su hija se había ido a la cama y había dejado de mandarse estúpidos wasaps con los amigos. Le parecía mentira que aquel volcán adolescente pudiera respirar tan plácidamente cuando caía en los brazos del dios del sueño. Viéndola así volvía a sentir la misma ternura que sentía cuando la observaba siendo aún un bebé.

Tuca, su perra, se encontraba enroscada a los pies de la cama. Cuando vio abierta la puerta se levantó, se estiró, bostezó ostensiblemente y salió caminando tranquilamente sobre las almohadillas de sus cuatro patas, sin hacer el más mínimo ruido. Al salir de la habitación le rozó con el lomo las piernas. Era su manera de decirle buenas noches. Después se alejó por el pasillo hasta llegar a su verdadera cama: un gran cojín en el suelo que comenzó a arañar con sus patas, tratando de mullirlo, para luego comenzar a dar vueltas sobre él. Tras una de esas vueltas, quién sabe por qué justo en esa, se dejó caer sobre el cojín y dio un gran suspiro.

—¿Por qué da vueltas el perro cuando va a dormir? - se preguntó él una vez más tras observar a su perra -. ¿Por qué?

Súbitamente, un débil repiqueteo electrónico sonó en la cama de su hija y una luz iluminó su cara. Un maldito wasap tardío había atravesado la atmósfera, había salido al espacio exterior, había rebotado contra un satélite y, sin ningún contratiempo, había alcanzado el móvil de su niña tratando de romper sus dulces sueños.

Y todo a la velocidad de la luz.

—¡Mierda! - dijo él en un susurro, mientras se mantenía inmóvil, esperando la reacción de su niña ante aquel mensaje furtivo. Pero su hija no se movió porque había muy pocas cosas que consiguieran despertarla.

Cuando confirmó que su niña seguía acunada por Morfeo, se acercó lentamente hasta la cama, tomó el móvil y lo trasladó a la mesilla, mientras pensaba que no podía ser bueno que los chavales estuvieran todo el día pegados a esos diabólicos aparatos.

—Maldita obsesión por estar todo el día conectados. ¿Conectados para qué? ¿Para estar dependiendo continuamente de la opinión de otro? ¿Para dejar de ser uno mismo?

No, no podía entenderlo. Aquella obsesión por la conexión perpetua era muy difícil de ser entendida por alguien profundamente individualista como él, alguien que solía encontrarse mejor desconectado de los demás, en soledad con sus propios pensamientos. Así se sentía sereno y su espíritu alcanzaba un sosiego que raramente conseguía compartiendo el tiempo con otros y, aunque sabía que la soledad podía llegar a ser una terrible enfermedad, trataba de aprovechar todo lo positivo que tenía, como una atmósfera perfecta para analizar los problemas y encontrarles solución. Estaba seguro de que algún día su hija descubriría la necesidad de permanecer desconectada, pero hasta entonces él estaba

obligado a armarse de paciencia.

Tras echar un último vistazo a su hija, cerró la puerta muy despacio y se dirigió con paso cuidadoso hacia el salón. Allí se acercó hasta el gran acuario marino que cubría una de sus esquinas. Cuando los peces lo vieron al otro lado del cristal, subieron rápidamente hacia la superficie en busca del maná que cada día dejaba caer aquel Ser Supremo que habitaba al otro lado de su universo acuático y él se sintió un poquito dios mientras los alimentaba y se deleitó con los movimientos ingravidos y elegantes de aquellas criaturas. Después, el pequeño dios volvió a hacerse de carne y hueso y buscó su viejo, pero cuidado sofá, para sentarse bajo la luz de una lámpara de pie que un antiguo amigo le había regalado en su boda.

“Su boda”, qué lejana la veía ya. Entonces, volvió a acordarse del amigo que había elegido aquella lámpara de entre un centenar de regalos de la lista de bodas que ella había preparado. No había vuelto a ver a aquel amigo desde entonces, pero aquella lámpara siempre se lo recordaba. Y es que recordaba perfectamente a las personas a través de los objetos. Su memoria era capaz de hacer una instantánea de un rostro y asociarlo a un objeto para después revelar esa fotografía mental cuando lo veía o lo tocaba...

[Curioso poder el de los objetos...]

—Sí, muy curioso.

Frecuentaba tanto la soledad que hablaba habitualmente consigo mismo e incluso tenía la sensación de que alguien comentaba sus propios pensamientos.

Así, en su viejo sofá, bajo la luz de la lámpara que le había regalado aquel viejo amigo, cruzó las piernas y comenzó a mover lentamente la que había dejado colgando, con la cadencia perfecta del péndulo de un reloj, de ese reloj que habitaba en su cabeza. Y es que en su sesera, además de una cámara de fotos, también tenía un reloj

increíblemente preciso. Para confirmar la hora que le indicaba su reloj interior, miró hacia la pequeña estación meteorológica digital situada en primera línea de la estantería de roble del salón. En ella, además de la temperatura, la humedad relativa del aire y unos cuantos parámetros más, que ni a él ni probablemente a nadie le importarían un bledo, se podía ver la hora y la fecha del día en que vivía. No le gustaban nada esos aparatos digitales, pero el chisme se lo había regalado su niña por su cuarenta cumpleaños.

—No todo lo moderno tiene que ser malo, papá - le dijo su hija cuando le vio arrugar el morro al darle el regalo.

Sí, después de todo, aquel aparatejo le daba cierta información que le resultaba práctica. Sí, después de todo, su hija tenía razón: no todo lo moderno necesariamente tenía que ser malo, pero él jamás lo reconocería.

[Aparatejo del demonio...]

—Sí, un auténtico aparatejo del demonio.

El reloj de la mini estación meteorológica marcaba la 1:01, exactamente la hora que marcaba el reloj que habitaba en su cabeza. Además, el aparatejo del demonio indicaba una temperatura de 19 °C y pronosticaba un sol radiante, una buena previsión para las próximas horas del primer día del verano.

La 1:01. Esperaría exactamente hasta la 1:30 y entonces saldría de casa. Así lo tenía calculado. Mientras tanto, su pierna continuó marcando los segundos de su reloj interior y su mirada navegó por el salón para ir atracando en los objetos que albergaba, objetos que había ido acumulando a lo largo de los años y que ocupaban un lugar preciso en aquella habitación, como la exposición permanente de un museo de recuerdos: una gran caracola recogida un atardecer en una playa; un trébol de cuatro hojas enmarcado en metacrilato, que su niña encontró en un prado; un pequeño prisma de cristal de cuarzo;

la foto de una nube lenticular... Le admiraban la geometría de aquellos productos de la naturaleza, su forma, su simetría, su orden...Entonces tomó el pequeño cuaderno y el lapicero que siempre tenía sobre una mesita junto al sofá y comenzó a trazar líneas con rapidez, a unir las unas a otras, a rellenar huecos, a buscar proporciones, a buscar un equilibrio, una armonía, que nunca encontraba. Impotente por no encontrar el orden perfecto, levantó la cabeza y dirigió nuevamente la mirada hacia el aparatejo del demonio: aún era la 1:11.

Entonces sus ojos buscaron la balda central de la estantería de roble. Allí se reunían las fotos de familia en un orden definido, un orden que solo él conocía. Para el resto del mundo solo sería evidente una cosa: que todas las fotos rodeaban a otra de mayor tamaño, la foto de una mujer que se exponía dentro de un marco de madera labrado. Se levantó del sofá, se acercó hasta el mueble que albergaba un anticuado equipo de música junto a cientos de vinilos y cedés de música clásica e hizo que el *Lascia ch'io pianga* de Haendel sobrevolara por la estancia.

Lascia ch'io pianga mia cruda sorte, e che sospiri la libertà...

Inspirado por aquella bella aria, pasó la hoja de su cuaderno de dibujo y comenzó a trazar con rapidez y precisión el rostro de la mujer que reinaba en la estantería de su salón...

Lascia ch'io pianga mia cruda sorte, e che sospiri la libertà...

... justo hasta que un cuco imaginario cantó en su cabeza y su pierna péndulo se detuvo, confirmando que el aparatejo del demonio ya marcaba la 1:19. Y es que solo necesitaba unos minutos para hacer un dibujo perfecto de aquel rostro.

Cerró el cuaderno, apagó el equipo de música y se dirigió hacia su dormitorio con gran sigilo, a pesar de que sabía que no despertaría a su hija aunque taconeara como un gaucho enloquecido. Del armario

del dormitorio sacó una pequeña mochila negra y repasó su contenido meticulosamente, guiándose con una pequeña lista que siempre preparaba antes de cada salida. Cuando confirmó que llevaba todo lo necesario, se fue a la cocina a prepararse un café para mantenerse bien despierto y después se acercó hasta el cojín donde su perra dormitaba.

—Cuidala, Tuca, ¿vale? Vuelvo enseguida.

La perra lo miró con sus ojos crema de cacahuete, dio un profundo suspiro y volvió a acomodarse en el cojín. Él le acarició el lomo y después se dirigió hasta la puerta de la casa. Allí esperó hasta confirmar que el reloj de su cabeza y el del aparatejo del demonio marcaban exactamente la 1:30 y entonces salió por la puerta, cerrándola suavemente tras de sí.

Bajó rápidamente las escaleras del piso, evitando el ascensor, y cuando llegó al portal se detuvo para comprobar desde la esquina de la escalera que la madriguera de la portera estaba vacía. Era la una y media de la madrugada, pero no podía fiarse de la fisgona que habitaba aquel cubículo de cristal y a la que entre todos los vecinos pagaban puntualmente un sueldo para que no parara de cotillearlos.

En la calle le esperaba su otro amor, aparte de su hija: su immaculado Renault 11 turbo, negro, con una raya verde a lo largo de cada lateral. Pero a diferencia de su niña, el R-11 jamás le discutía todo lo que decía y siempre hacía sin rechistar todo lo que le pedía. Llevaba casi veinticinco años con aquel coche, su primer y único coche, cuidándolo, mimándolo, cumpliendo fielmente todos los mantenimientos periódicos en un taller de auténtica confianza y no entraba en sus planes separarse de él, por mucho que el estado se empeñara en tratar de convencerlo de que, por su seguridad, debía cambiarlo por uno de esos engendros modernos llenos de automatismos electrónicos.

Se acercó al coche y lo miró de arriba abajo, disfrutando con los

destellos de su pintura metalizada, lavada y pulida por su propia mano. Se introdujo en él y volvió a disfrutar con la bocanada de olor a mar y pino proveniente de ese ambientador exclusivo que le había costado años encontrar y que ahora le mandaban en cajas de a seis desde uno de los extremos del país, como si se tratara de vino de reserva.

Giró la llave del motor de arranque, saboreó el suave rumor que provocaron las primeras chispas de las bujías de su viejo Renault y automáticamente comenzó ese hormigueo en la parte baja de su estómago que invariablemente le invadía cuando se ausentaba así, en medio de la noche, furtivamente, para llevar a cabo una de sus misiones. Porque él era demasiado ordenado como para no sentirse inquieto con aquellas trasgresiones de la vida cotidiana, circulando con su R-11 hacia lo desconocido, dejando a su hija sola, durmiendo.

—¿Y si llegara a despertarse? – se decía.

[No te preocupes, duermes profundamente. Sigue adelante...]

—¿Y si descubre mi ausencia? Podría asustarse, podría preocuparse.

[No, seguro que te llamaría al móvil. Vamos, sigue...]

—¿Y qué le respondería?

[Tendrías que inventar una excusa, tendrías que mentirla...]

Pero nunca fue demasiado imaginativo para inventar excusas porque, además de ser obsesivamente ordenado, no sabía mentir. Quizás una cosa llevara a la otra. Un grave problema para alguien que hacía tiempo que había decidido llevar una doble vida.

Para tranquilizarse apretó el botón de marcha del casete de su R-11 y comenzó a sonar la sinfonía número cuarenta de Mozart.

[Maravilloso...]

—Maravilloso.

Siempre que escuchaba a Mozart se preguntaba qué habría sentido aquel hombre excepcional al ver terminada una de sus obras. ¿Habría sido consciente de aquella perfección?

—Yo habría llorado - se decía.

Aquella sucesión perfecta de notas musicales deshacía su inquietud y le ayudaba a repasar mentalmente todos los detalles de sus misiones. Entonces su mente cuadriculada analizaba concienzudamente cada detalle, tratando de predecir cualquier fallo que pudiera complicarle la vida, buscando la solución a problemas con los que quizás nunca se encontraría...

...

Después de todo, doctor, él no era un superhéroe de película, no tenía superpoderes que le pudieran sacar de un imprevisto, y eso le obligaba a preparar sus misiones meticulosamente...